

SAN JOSE, COSTA RICA

30 de Abril de 1914

Año IV



Núm. 80

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



CARLOS HERRERO

DE LOS JOVENES ARTISTAS DE COSTA RICA

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CIA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudia la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBEE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

San José, Costa Rica

30 de Abril de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 80

Antonio Azorín

¿Por qué algunos días me siento tan amigo de Antonio Azorín? No sé por qué; pero sé que es así. Hoy, ayer, toda esta semana, Azorín es mi amigo, el mas íntimo de todos mis amigos.

Hoy hace sol; pero dentro de mí perdura la sensación tediosa de estos tres meses que llevamos grises. Tengo hambre y sed de primavera: todo mi cuerpo añora la tibieza del aire soleado y bien oliente, toda mi alma añora las serenidades de la confianza en sí misma; porque el gris del invierno me hace desconfiar, y este anhelo de sol y fe me ha puesto melancólico y desesperanzado. Yo no sé dónde ir ni qué hacer; sé que estoy triste como esos pueblos tristes que visita Azorín, esos pueblos donde, junto a la fuente que casi se ha secado, se oye el pausado campanear del toque de agonía. Sí, España es triste y el vivir es triste: por eso es mi amigo Antonio Azorín.

—¿Quién es este Azorín?—pregunta ella.—Es un hombre joven que vive en unos libros que tú has de leer. Tuvo cuando niño unos buenos maestros Escolapios, que le domaron la voluntad, de tan perfecta y rotunda manera, que hoy, pasados treinta años desde entonces, aun no acierta a querer por sí mismo: escucha como dice: «Yo soy un rebelde de sí mismo: hay en mí dos hombres: hay el *hombre voluntad* casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contradicción de todo lo natural y

fecundo: hay a parte de éste el segundo hombre, el *hombre-reflexión*, nutrido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis. El que domina en mí, por desgracia, es el hombre reflexión; yo casi soy un autómeta...»

En este capítulo yo soy hermano de Azorín. He nacido voluntarioso, activo, sensual, y he pasado la infancia con una voluntad inflexible pesando sobre mi voluntad y el miedo del infierno, un miedo sobrenatural, haciendo sombra a todos mis deseos...

Y ahora tampoco se querer y el estremecimiento de la vida apenas me conmueve.

Azorín se acuerda de un campito verde y de una casa blanca que atibababa por la ventana del estudio. Y yo me acuerdo también de mis estudios. En la puerta que daba al jardín había una persiana pintada de rojo, y entre sus mirillas veía yo los cuadros cercados de evónimos y un ciprés rívido en cuyo tronco había un hormiguero; un cenador cubierto de parra, y como centinelas del cenador, dos grandes adelfas cuajadas de flores color de coral; en los cuadros había girasoles con cabezotas negras orladas de amarillo, y geranios sangrientos. Y en los ladrillos de una escalera crecía una mata de ruda, y al pie estaba un plantel de romero y volaban abejas sobre el plantel. Y en las horas de siesta, mientras ellas runruneaban—del romero a la adelfa, de la adelfa a la parra—despatarrada sobre las baldosas

como si bostezase, una infame Aritmética—leía yo a escondidas un vetusto librote de Mitología y las églogas de Garcilaso.

Antonio Azorín desdeña el estilo: cree que el triunfo definitivo del escritor está en prescindir de él, y en decir claro aquello que quiere decir: él cree haber sido un escritor brillante y celebrado haber ya dejado de serlo. Y esta opinión suya me hace ser amigo de Azorín, precisamente porque yo creo todo lo contrario. Creo que el triunfo del escritor sobre el lenguaje no está en prescindir del estilo para alcanzar la claridad, sino en llegar a la claridad por medio de la perfección del estilo. Esta ingenua manía de Azorín es simpática: por ella admira a Pío Baroja, y es peregrina cosa que abomine con todo el ardor que le permite su pequeña y amable filosofía de una cualidad que en tal alto posee. ¿Qué es el estilo? El perfeccionamiento y la cristalización definitiva de la manera personal. Azorín, cuando escribe, es personalísimo y su manera de decir ha cristalizado en formas tan concretas, tan limpiamente cortadas y de tal modo transparentes y netas, que desafían toda imitación. No es que el estilo de Azorín sea incapaz de suscitar imitadores; suscítalos, y en abundancia, porque sus fórmulas de agrupación y engranaje son sugestivas y tienen el relieve que es necesario para servir de buen troquel; pero están ellas a su vez tan exactamente moldeadas en el espíritu de Azorín, que es imposible en absoluto adaptarlas a modalidades de intelecto distintas de aquella para expresión y por influencia de la cual fueron concebidas.

Precisamente la sugestión peculiarísima de los libros en que Antonio Azorín nos dice su vida, consiste para mí, sobre todo, en la manera, en el estilo. Azorín procede por ideas sueltas, las cuales va engranando, sin fundirlas, como perlas en sarta. Así, a un tiempo conjuntas e individuales, enlazadas por el hilo sutil de la ensartadura, quedan entre las manos, digamos el

espíritu, del lector, dóciles a toda adaptación transitoria; y puédesen con ellas trazar ringleras y perfilar contornos y amontonarlas en insimétrica agrupación, y hasta, roto el ensarte, dejarlas que al azar se desparramen y que se agrupen como bien les venga; y aun luego, al recogerlas para formar con ellas nueva sarta, mezclar cuentas propias en aqueste rosario de ideas; no pocas veces he gozado enfilando con las de Azorín, claras, fuertes y unánimes, las mías, polícromas y decadentes.

Yo no sé lo que pensará el público, ese gran público que compra libros, o que debe comprarlos; pero para mí son los mejores estos un poco incoherentes, que callando a tiempo, saben sugerir; éstos que, no ya invitan a pensar, que no ya obligan a pensar, sino que dejan en libertad de pensar y acompañan en la tarea del pensamiento.

Con tan inapreciable amiganza, soy amigo, porque escribió sus libros, de Antonio Azorín.

Azorín cree, de acuerdo con su maestro Juste, que «lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje. Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*». Esto de la emoción del paisaje está subrayado por Azorín, y así salta en la página la frase y se adelanta como ofrenda a la vista de quien ha de leer; yo bien creo que aunque Azorín hubiese olvidado el subrayarla, se hubiese destacado para mí del mismo modo, a la manera como se destacan entre centenares de vocablos indiferentes el nombre propio o los nombres de aquellos a quienes amamos. ¡La emoción del paisaje! Azorín, en el fondo, no cree en nada; yo creo en el paisaje y en el alma del paisaje tanto como en mi alma de hombre; y pienso que sólo esta creencia bien vale la pena de vivir. Alguien ha dicho: «nunca el hombre ve al hombre sin placer»; y pudiera también, acaso con más razón, decirse: jamás el espíritu contempla sin placer la tierra. He aquí que el

trato de la carne con la carne engendra hastío. Y el trato de un espíritu con otro espíritu suele traer tibieza y desilusión, pero el trato del alma con la tierra es, cuanto más frecuente, más íntimo, y más selecto cuanto más familiar; porque la tierra — con las frondosidades y las arideces que son de ella, con el cielo que está sobre ella y el mar que en ella yace — es dócil e imperiosa y tiene paz; y no sé de pláticas como sus silencios, ni de silencios como aquellos que suscita en el alma el sonar mayestático de sus ritmos; el ritmo de las aguas, el ritmo de los vientos, el ritmo acelerado de la vibración luminosa, de ese vaiven de burbujas radiantes con que la calidez del sol estremece y solivianta el aire.

Aquí en Castilla, sobre un jardín, a prima tarde en meses de verano, sobre la arena que arde de los paseos, sobre las hojas blancas y lacias de la cinoglosa, sobre las polvorientas hojas de la parra, sobre las pocas rosas y los geranios multicolores, tiéndese el aire

lleno de sol; y todo se está quieto, arrebujaado en la estival modorra; ni siquiera las sombras se mueven. Y cuando todo calla se escucha un run-runeo constante, acelerado, soñoliento, que se siente subir, que se mira ascender, que hace elevarse el alma; ¡es el aire que vibra estremecido por el sol! — Y si se alzan los ojos, se ve el azul del cielo, anebullado por un velo de luz: es el tejido por las burbujas de aire, recaldadas y ajoyeladas por el sol, que han ido subiendo, subiendo... Este paisaje es para mí de gozo, tanto, que su recuerdo me consuela en todas las tristezas que echa el invierno sobre mi cuerpo y sobre mi alma. Y muchas veces he convidado a compartir conmigo el gozo de este paisaje al espíritu amigo de Antonio Azorín, pensando que bien puede acompañarme en él, ya que soy tan su amigo en la melancolía con que él ve recortarse sobre el azul luminoso del aire levantino, las ramas péndulas de las palmeras.

(Del libro *Motivos*, de Martínez Sierra).

Juan el de Juan Pedro

Juan el de Juan Pedro nació en los Prietos, un caserío de La Roda. Fueron sus padres Juan Pedro y Antonia María. Juan Pedro era el manejero de los Prietos. Los Prietos pertenecían a un señor muy rico que vivía en Madrid. Donde nació Juan, la llanura se extiende inmensa y monótona; la tierra tiene un color de ocre. Al lado de la casa se ven unos olmos viejos; no pían en ellos los pájaros. No hay pájaros en toda la llanura. Unas palomas grises revuelan lentamente, muy lentamente, sobre el cielo azul, siempre limpio; a ratos se abaten sobre los sembrados; al anochecer tornan al palomar.

Cuando Juanico tenía cuatro o seis meses, un día que lo habían acostado en un poyo y que su madre estaba fuera, entró un cerdo en la casa, se llegó al niño y comenzó a mordiscarle y roerle un brazo. A los gritos acudió la madre. Juan quedó para toda la vida con una gran descarnadura en el brazo. Dos años más tarde murió Antonia María.

Juan Pedro se volvió a casar con una viuda que tenía dos hijos.

La madrastra quería poco a Juanico. Apenas le alimentaba; le daba grandes golpes; le encerraba largas horas en las falsas de la casa. Entonces fué cuando Juan Pedro comenzó a beber. Todas las faenas de la casa andaban descuidadas. El amo, que vivía en Madrid, se arruinó; los Prietos pasaron a otro dueño. El nuevo propietario despidió a Juan Pedro. Juan Pedro se fué a vivir al pueblo; trabajaba muy poco; un año después murió y Juanico quedó con la madrastra en compañía de sus dos hermanastros. A los ocho años Juanico no daba señal ninguna de inteligencia; no lo llevaban a la escuela; no aprendía a leer ni a escribir. «Es muy bruto este chico», decían: «¡Jesús, qué zagal más porro!», exclamaban. Juanico recibía más golpes que antes y apenas comía nada. Era alto, escuálido, moreno, feucho, pero tenía unos ojos anchos, unos ojos melancólicos,

unos ojos luminosos. A los doce años Juanico entró a servir en una casa de labranza; era el guadapero que llevaba la comida a los jornaleros que estaban labrando lejos; hacía las faenas más rudas; soportaba las bromas más brutales y feroces de los mozos de la casa. Una noche de San Juan, por divertirse, los labriegos comenzaron a mantenerlo; una de las veces que lo lanzaron por el aire cayó al suelo y se rompió una pierna. Estuvo dos meses en una cuadra, acostado sobre un montón de paja, curándose la fractura. Cuando estuvo un poco bien, cuando ya podía andar y moverse de un lado para otro, ocupándose en las faenas de la casa, se cometió un robo en la labor: del cajón del mayoral o encargado quitaron unas monedas. Juanico no sabía nada del robo; pero lo llevaron al pueblo y lo tuvieron tres meses en la cárcel.

La mujer del carcelero se compadeció de Juanico; el preso no daba nada que hacer, no decía nada, no se quejaba nunca. Dos hijos del carcelero cayeron enfermos de viruela. Como Juanico inspiraba confianza a todos, andaba por la casa del alcaide de la prisión y hacía todos los menesteres de ella; durante la enfermedad de los dos chicos él no se separó jamás de su cama. Los atendía, les daba las medicinas; velaba todas las noches, sin dormir una hora, junto a ellos.

Al ponerle en libertad, Juanico no sabía qué hacer. Buscó trabajo, entró a servir en una casa de Villarrobledo y allí estuvo ocupado en labrar seis años la tierra.

Como las cosechas iban mal, el propietario de la finca hizo reducción en el personal; Juanico no tenía mujer ni hijos; él fué el que se quedó sin trabajo. Anduvo durante algunos meses por los caminos, durmiendo en las afueras de los pueblos, comiendo los mendrugos que le daban de limosna. Un día encontró en una carretera a un grupo de labriegos que se marchaba a un puerto de mar. Le dijeron que se fuera con ellos y él comenzó a caminar en su compañía. Doce años estuvo fuera de España, en América.

Cuando volvió a la Mancha todo estaba lo mismo. Juanico era también el mismo de antes. No tenía a nadie en el mundo, ni tenía nada. Pidió trabajo en algunas labores

y labró las tierras. Un matrimonio de jornaleros le daba albergue en su casa; Juanico les retribuía con lo que ganaba. En 1885 se extendió el cólera por España. Juanico estaba entonces en Criptana; las familias pudientes del pueblo se ausentaron. Se suspendieron o redujeron a lo indispensable los trabajos del campo. Juanico se quedó desocupado. En Criptana él entraba en las casas de los coléricos; ayudaba a los médicos; se acostaba en la misma cama de los enfermos para hacerlos reaccionar. Uno de los médicos se compadeció de él y le dió trabajo en una finca suya.

Tenía Juan el de Juan Pedro entonces cerca de cuarenta años; era tan delgado y estaba tan pálido como cuando adolescente. Se levantaba a las cuatro de la mañana; sacaba de la cuadra la yunta; aparejaba las mulas y se marchaba con ellas a las tierras que tenía que labrar. Todo el día, de la mañana a la noche, lo pasaba en la inmensa llanura abriendo surcos simétricos, larguísimo, paralelos. Unas picazas revolaban en el cielo azul; otras yuntas caminaban lentas, muy lentas, allá a lo lejos. Al anochecer, cuando el sol hacía rato que se había puesto, Juanico volvía a la labor. Cenaba entonces con los demás jornaleros y se acostaba.

Al cabo de estar siete años en la hacienda del médico, cuando murió el propietario y la finca fué dividida entre los herederos, Juanico volvió a quedar sin trabajo. Ya entonces estaba más pálido y más delgado que nunca. Apenas tenía fuerzas; le daban de cuando en cuando unos profundos desmayos. Se encontró sin trabajo y no supo qué hacer ni dónde ir. Comenzó a andar por los caminos; eran sus compañeros las avececas del cielo y los cañes perdidos. Llevaba un zurrón a la espalda y en él metía los mendrugos que le daban. Un perro vagabundo y extenuado, con unos ojos brillantes, se incorporó a él y no le dejaba en sus caminatas.

Juanico le cobró cariño y juntos comían el pan que recogían de puerta en puerta. Como hacía mucho tiempo—desde niño—que no había estado en los Prietos, y como no tenía que hacer nada, un día se le ocurrió ir allá a ver si la casa estaba lo mismo que antes. Era en invierno; llegó a los Prie-

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 8 de la última página. Le interesa.

tos al anochecer de un día crudísimo, en que había estado nevando. Juanico conversó un rato con el encargado de la casa y le pidió albergue. Le indicaron un cobertizo lleno de estiércol. Juanico se acostó en el muladar. A la mañana siguiente lo encontraron

muerto; junto a él, sentado en dos patas, con la cabeza levantada al cielo, estaba aullando el perrito.

Azorín

(Del libro de Azorín, *España*).

Las puertas

Ya os he hablado de las ventanas; ahora quiero que sepáis la emoción que en mí suscitan las puertas. Yo amo las cosas: esta inquietud por la esencia de las cosas que nos rodean ha dominado en mi vida. ¿Tienen alma las cosas? ¿Tienen alma los viejos muebles, los muros, los jardines, las ventanas, las puertas? Hoy mismo, sentado ante la mesa, con la pluma en la mano, he advertido que entraba en la pequeña biblioteca el mayoral de la labranza y me decía:

-Esta noche las puertas han trabajado mucho...

Yo oigo estas palabras y pienso que, en efecto, esta noche pasada las puertas han trabajado reciamente. ¿Tienen alma las puertas? Un viento formidable hacía estremecer la casa; todas las puertas de las grandes salas vacías, las de las cámaras, las de los graneros, las de los corredores, las de los pequeños cuartos perdurablemente oscuros, todas, todas las puertas han lanzado sus voces en el misterio de la noche. Una puerta no es igual a otra nunca: fijaos bien. Cada una tiene su vida propia. Hablan con sus chirridos suaves o broncos; tienen sus cóleras que estallan en recios golpes; gimen y se expresan, en las largas noches del in-

vierno, en las casas grandes y viejas, con sacudidas y pequeñas detonaciones, cuyo sentido no comprendemos.

¿No os dice nada una de estas puertas llamadas *surtidores* que dan paso de una alcoba ancha y sombría a un corredor sin muebles, con las paredes blancas? ¿Y esta otra dividida en pequeños cuarterones que da paso a una vieja cámara campesina, con una pequeña ventana alamburada y con una leja en que hay un espejo roto y un cantarillo con mierra? ¿Y esta otra con las maderas alabeadas, hinchadas por la humedad, carcomidas, que cierra un huertecillo abandonado, con parrales sombríos y hierbajos que crecen en las juntas de las losas, con un viejo árbol por cuyo seno verde tuerce el paso una hiedra, como en los versos de Garcilaso?

No hay dos puertas iguales: respetadlas todos. Yo siento una profunda veneración por ellas; porque sabed que hay un instante en nuestra vida, un instante único, supremo, en que detrás de una puerta que vamos a abrir está nuestra felicidad o nuestro infortunio...

Azorín

(Del libro *Las confesiones de un pequeño filósofo*).

María Rosario

María Rosario, tú tenías entonces quince años; llevabas un traje negro y un delantal blanco; tus zapatos eran pequeñitos y nuevos. María Rosario, tú te ponías a coser en el patio, en un patio con un toldo y grandes evónimus en cubas pintadas de verde; el piso era de ladrillos rojos muy limpios.

Y aquí, en este patio, tú te sentabas delante de la máquina; a tu lado estaba tu tía con su traje negro y su cara pálida; más lejos, en un ángulo, estaba Teresita. Y había un ancho fayanco atestado de ropa blanca y de telas a medio cortar, y tú revolvías con tus manos delicadas estas telas blancas y ponías

una sobre la máquina. Tus pies pequeñitos movían los pedales de hierro, y entonces la máquina marchaba, marchaba en el sosiego del patio con un ruido lijero y rítmico.

María Rosario, yo pienso a ratos, después de tanto tiempo, en tus manos blancas, en tus pies pequeños, en tu busto suavemente henchido; yo quisiera volver a aquellos años y oír el ruido de la máquina en ese patio, y ver tus ojos claros, y tocar con las dos manos muy blandamente tus cabellos largos.

Y esto no puede ser, María Rosario; tú vivirás en una casa oscura; te habrás casado con un hombre que redacte terribles es-

critos para el juzgado; acaso te hayas puesta gruesa, como todas las muchachas de pueblo cuando se casan; tal vez encima de la mesa del comedor haya unos pañales... Y yo siento una secreta angustia cuando evoco este momento único de nuestra vida, que ya no volverá, María Rosario, en que estábamos los dos frente a frente, mirándonos de hito en hito sin decir nada.—Azorín.

(Del libro *Las confesiones de un pequeño filósofo*). Otros libros de Azorín: *El alma castellana*, *La Voluntad* (novela), *La ruta de don Quijote*, *Castilla*, *Los pueblos*, *Clásicos modernos*.

Primer amor

(PROSA DE AZORIN)

A Marisabel Carvajal, (*Carmen Lira*)
en homenaje.

¿Recuerdas?... ¿Recuerdas,
María Rosario?

Frisabas entonces
tus bellos quince años;
tu traje era negro,
tu cuello muy blanco;
pequeños y monos
eran tus zapatos.
Tú cosías siempre
sentada en el patio
de rojos ladrillos
bien pulimentados;
tu máquina alzaba
su amoroso canto,
al sentir el ritmo
de tus pies enanos.
Todo allí era fresco,
todo allí era grato:
las plantas sembradas
en cubos pintados,
las telas medidas
dentro del fayanco,
la pobre Teresa
sentada en un ángulo
con sus ojos dulces
y su rostro pálido....
todo respiraba
silencioso encanto.

Sobre esos instantes
jamás olvidados
han ido poniendo

su nieve los años,
sus sombras la ausencia,
la pena sus dardos:
y yo—envejecido—
siento al recordarlos,
el contacto suave
de tus blancas manos,
el compás airoso
de tu andar gitano
destrenzando al viento
tus cabellos largos.
Siento la mirada
de tus ojos claros
y las opulencias
de tu busto, alcanzo
a escuchar el dejo
dulcemente extraño
de tu voz, y anhelo
volver al pasado,
revivir aquellos
adorables ratos
que vivimos juntos,
que juntos gozamos
a la fresca sombra
de tu fresco patio,
mientras trabajabas,
¡María Rosario!

¡Oh, ya no es posible...!
Tú te habrás casado
con un hombre adusto,
quizás... en los campos

de tu amor, la vida
 prodigó sus rayos
 y tus amplios senos
 habrán retoñado...
 Y yo mi secreto
 con angustia guardo
 de mis amarguras
 en el hondo arcano,
 y lloro al recuerdo
 de aquel tiempo amado

—que ya nunca, nunca,
 volverá a alegrarnos—
 en que frente a frente
 solos nos hallamos
 —mis ojos prendidos
 de tus ojos claros—
 sin poder decirnos
 nada con los labios!

José María Zeleaón

Ruskin

(Escrito con motivo de la muerte del famoso estético inglés)

I

En Inglaterra ha muerto un grande hombre: Juan Ruskin. Ruskin era un poeta, es decir, que tenía una visión total de la vida por la belleza. Pero en vez de expresar esa visión en la música definitiva del verso y dejar que el canto de la poesía penetrara lenta y fuertemente por capas en el espíritu humano, Ruskin se hizo apóstol de su propia visión y quiso ser el organizador material de la realidad por él entrevista; pero el resultado fué siempre que, como a poeta, la ley del poeta le dominó, y su visión y su realidad van trascendiendo con aquella firme lentitud que es la fuerza de los grandes movimientos del espíritu, dejando indiferentemente atrás o delante todas las impaciencias, todas las burlas, todas las modas y todo lo que no sea su substancia. De modo que Ruskin mismo, al luchar por realizar su misión y organizar su realidad antes de tiempo, pudo decir como el Zaratustra de Nietzsche: «Yo soy un precursor de mi mismo.» Y esta es la ley que domina al poeta.

Ruskin tenía en la vida una misión demasiado delicada para poder realizarla por completo. Parece que de niño amó demasiado las flores, gustó de contemplarlas con exceso, y las flores, que son como la transición etérea de la tierra y de la planta al fruto, entraron en todas sus ideas, que fueron así como ideas flores. Por esto Carlyle le

llamó «el etéreo Ruskin»; por esto ornaba con imágenes delicadísimas de flores sus libros, aun los de sociología y de economía política, con los que quería hacer brotar inmediatamente la realidad de su visión poética; y por esto su concepción total de la vida tiene toda la hermosura fragante, delicada e incompleta de la flor.

Así enlazaba Ruskin el arte y la vida: el arte—decía—ha de expresar siempre una idea; esta idea ha de ser alta, pura, religiosa; y la obra artística ha de llegar a todos los hombres, hasta a los más bajos y humildes, para penetrarlos y elevarlos.

Así fué como Ruskin, joven aún y enfermo, llegó a Italia y se enamoró del arte prerrafaelista, del arte anterior a la plenitud del Renacimiento, del arte flor de aquellos artistas ingenuos y creyentes, que pintaban sus cuadros de rodillas, estáticos de devoción ante la Virgen que iba apareciendo bajo sus pinceles.

Y él fué el predicador de este arte casi olvidado, para hacerlo escuela de toda la vida social..... en el siglo XIX y en Inglaterra!

¡Cómo debió atormentarle esta aparente antinomia de su idea! En 1863 (tenía 44 años) hace una excursión por los Alpes y siente un deleite intenso, casi místico, en aquellas soledades; pero en seguida el apóstol que lleva dentro de sí pregunta si no hay demasiado egoísmo en aquel deleite solitario. Entonces es cuando escribe:



«Me encuentro muy mal, atormentado entre el deseo de reposo y de vida plácida, y la conciencia que me llama a combatir el horrible crimen social y a socorrer las miserias humanas.» Quiere reformar la sociedad, pero no con *meetings*, huelgas ni revoluciones sangrientas, sino por la eficacia social de un arte ideal y puro.

Y va a Inglaterra y empieza su apostolado. Predica su arte prerrafaelista y forma escuela; combate el *maquinismo* en la industria por enemigo de la belleza del trabajo y embrutecedor del obrero; combate sobre todo el egoísmo del patrono, del capitalista, causante de la miseria de los trabajadores y de la lucha de clases; quiere realizar una vida social nueva, fundada en el éxtasis estético, en el amor, desarrollándose en una atmósfera de paz y de belleza.

No se contenta con propagar sus ideales en escritos, en libros como las «Siete lámparas de la arquitectura» y «Fors clavígera», y en la cátedra que se le concede en la Universidad de Oxford; sino que, impaciente por la realización, funda la *St. George's Guild*, especie de colonia agrícola que quiere sea el primer núcleo de la nueva sociedad soñada donde se trabaje en paz por amor a la belleza. En los campos de Westmoreland restaura los telares de lino a mano. En la isla de Man hace trabajar y blanquear la lana por procedimientos tomados a la Edad Media. En Sunnyside, en medio del campo, de un hermoso paisaje, monta una imprenta a mano donde trabajan de impresores sus discípulos y devotos: de allí salen esas exquisitas ediciones de las obras del maestro, y aquél es el punto de peregrinación de todos los fieles del arte nuevo, de la sociedad nueva brotada de la mente de Ruskin, y que hace sonreír, naturalmente, a la gente práctica, a la gente que vive en el mundo.

Claro está que declarar la guerra a las máquinas en plena fiebre de industrialismo moderno, combatir el egoísmo en la patria de la *struggle for life*, volver el trabajo manual a los procedimientos de la Edad Media, y querer detener el

tremendo torbellino de nuestro siglo fascinándolo con el puro ideal de un arte primitivo e ingenuo, resulta empresa; más que de poeta, de soñador.

Por esto la industria, el arte, la lucha social, el mundo, siguió su curso por encima de los generosos ensueños de Ruskin; por esto su *St. George's Guild* fracasó y se deshizo al poco tiempo de fundada, quedando solo de ella el precioso museo de Scheffield; por ésto los productos elaborados por procedimientos arcádicos no se consideraron más que como cosas exquisitas, raras, de un lujo aparte; y por esto la nueva sociedad soñada por Ruskin quedó reducida a un selecto grupo de admiradores y discípulos.

Más ¿fue todo un vano sueño de poeta? No. Los discípulos de Ruskin se han llamado Rossetti, Burne Jones, William Morris, Hunt, Puvis de Chavannes, y han formado escuela restaurando un cierto idealismo en el arte, un cierto refinamiento en las industrias artísticas, y hasta un vago y delicado sentimentalismo social cuya huella permanecerá imborrable y fecunda en la evolución del espíritu humano.

Todo esto es lo que se ha llamado *modernismo* y va desarrollándose entre burlas y veras, entre corduras y locuras, entre exageraciones y aciertos indelebles. ¿A donde va? No lo sabemos. ¿De donde viene? De visiones de ojos como los de un Ruskin, de un hombre que creyó transformar el mundo en un instante, que pareció haber movido sus brazos en el vacío, y que luego resultó haber imprimido un movimiento, menos rápido de lo que él se figuraba, pero más firme y hondo de lo que las gentes creían.

Porque, por más que se ría la gente, lo cierto es que, a la corta o la larga, los poetas son los que mueven el mundo.

II

Hace pocos días hablamos aquí de Ruskin, recientemente fallecido en Inglaterra, y he aquí que ahora viene a

nuestras manos una obra suya: una de las conferencias que el difunto poeta dió en Oxford en 1865, y que versa sobre la misión de la mujer.

Ahora que con el nombre de feminismo se oponen teorías tan horriblemente feas sobre lo que debe ser la mujer en la sociedad, pretendiendo equipararla al hombre en la lucha social, armándola para ella con armas varoniles, y contrariando hasta lo más elemental de su naturaleza, es muy saludable asimilarse las consideraciones de un hombre como Ruskin que, contemplando la vida a la luz de la belleza, ve más claro el fondo de ella y posee mejor su sentido que los secos escrutadores de leyes económicas o los tristes marimachos sin amor. Unos y otros pretenden dignificar, realzar a la mujer... y empiezan por bajarla de su natural altura.

Para Ruskin la mujer es reina. Su reino es la vida toda, como el del hombre; pero ha de saber reinar en él de un modo distinto y conforme a su naturaleza. Y así hay que orientar su educación.

¶ Hay que asegurarle una educación física—que afirme su salud y perfeccione su belleza; y el mayor grado de ella se consigue solo por el esplendor de la actividad y de la fuerza delicada. Hay que perfeccionar su belleza para aumentar su poder, que nunca será demasiado grande, nunca difundirá demasiado lejos su brillo sagrado. Pero la hermosa libertad de su cuerpo será ineficaz sin la libertad del corazón. Toda violencia que se haga a una criatura naturalmente buena, toda oposición a sus instintos de amor y de actividad, quedará impresa en ella en caracteres indelebles cuya dureza será tanto más dolorosa en cuanto quitará brillo a la luz de su mirada inocente, y borrará el encanto de sus virtudes.¶

¡Qué delicada concepción del «eterno femenino»! ¡y qué contraste tan doloroso con la de aquellos que quieren dar, como gran dignidad, a la mujer los derechos políticos y el de defender pleitos ante los tribunales!

Y no se diga que Ruskin es un obs-

curantista que idealiza a la mujer ignorante vegetando con la rueca junto al hogar; no; oigámosle más:

¶Después de haber modelado— ¡qué hermosa palabra!—su naturaleza física, a medida que las fuerzas que vaya adquiriendo lo permitan, hay que nutrir y formar su espíritu con todos los conocimientos que tiendan a afirmar su instinto natural de la justicia y a refinar su sentido natural del amor.

¶Hay que darle todos los conocimientos que puedan ayudarla a comprender las obras del hombre y hasta a cooperar en ellas. Pero estos conocimientos no han de dársele meramente como tales conocimientos, porque el fin de ella no es propiamente conocer, sino sentir y juzgar. Poco importa que sepa una sola lengua o varias; pero importa mucho que pueda mostrar su bondad a un extranjero y comprender la dulzura de otro lenguaje. Poco importa a su valor o a su dignidad que le sea familiar tal o cual ciencia; pero es sumamente importante educarla en los hábitos de un justo juicio y que comprenda el sentido de las leyes naturales, y cuán precisas son, y cuán amables. Es insignificante que llegue a aprender más o menos nombres de ciudades y su situación; más o menos fechas, más o menos personajes célebres; pero es profundamente necesario señalarle a penetrar con su personalidad entera en la historia que lee, a vivificar los hechos con su propia vida, ayudándose de su brillante imaginación, a sentir con su delicado instinto lo patético de las circunstancias y lo dramático de las relaciones que muchas veces el historiador eclipsa con razonamientos o descompone con sistemáticos arreglos; pues su esfuerzo ha de aplicarse a seguir el rastro de la velada justicia, de las recompensas divinas, y a descubrir al través de la obscuridad el fatal hilo de fuego que liga a veces en un haz los errores y los éxitos.

¶Pero lo que sobre todo hay que enseñarle es a extender los límites de su simpatía a esa historia actual que

se está realizando y decidiendo para siempre en este mismo momento en que apaciblemente respira; a la calamidad contemporánea, que si no es debidamente llorada por ojos de mujer, no revivirá en el recuerdo del porvenir...

»Hay que hacerle también comprender algo de lo que es este mundo en que ella vive y ama, comparado con aquel en que vive y ama a Dios. Solemnemente hay que enseñarle a reaccionar de modo que su religión no se debilite al extenderse, y que su oración, ferviente al implorar por su marido o por su hijo, no languidezca al interceder por la multitud de aquellos que no tienen nadie para amarles, por aquellos que están solos y afligidos...»

¡Cuán dulce y ardiente se siente en todos estos consejos el alma del poeta, y cuán amable, cuán grande aparece la mujer al través de ellos! No son, éstas, frases pérfidas para halagar la vanidad y estimular el espíritu de odio y rebelión de cuanto en un sexo puede haber de fracasado; son palabras de fuego, como de apóstol, que forman el alma entera de la mujer, vigorosa y esperanzada en el amor, para todos los trances y situaciones de la vida.

«La instrucción de la niña—continúa Ruskin—debe ser la misma que la del niño, pero diferentemente orientada. En cada clase social, la mujer debe saber lo que por término medio sabrá su marido; pero debe saberlo de otro modo: es decir, lo suficiente para simpatizar con las satisfacciones intelectuales de aquel».

Ruskin, que es un poeta, tiene a veces puntos de sutilísimo psicólogo. Por ejemplo, habla de la lectura de novelas y dice: «En cuanto al prurito enfermizo de la lectura de novelas, le será menos peligroso lo malo que pue-

da encontrar en ellas, que el exceso de interés que le despierten. La mejor novela es temible para ella sí, por la excitación que le causa, le hace parecer insípida la vida ordinaria, y le acrecienta un morboso afán por la lectura de escenas en las que nunca habrá de tomar parte».

Después de otros consejos acerca de la formación del gusto artístico femenino, hace la siguiente reflexión: «Educaís a vuestras hijas como si estuvieran destinadas a ser meros muebles de lujo, y después os quejáis de su frivolidad. Apelad a sus grandes sentimientos de virtud, enseñadles que el valor y la verdad han de ser los pilares de su vida, y veréis cómo responden a vuestra voz. Pero hoy, en la educación que se les da, se atribuye mucha menos importancia a su sinceridad y a su valor que a la manera de entrar en un salón: todo, en el modo de educarlas, es impostura y cobardía: cobardía, porque se les enseña a portarse a gusto sólo del vecino; impostura, porque se hacen brillar ante sus ojos las vanidades de este mundo, cuando la felicidad de toda su vida depende de su firmeza y de no ser nunca deslumbradas».

Muchas otras cosas mejores y muy bellas dice Ruskin en la conferencia que citamos y que lleva el hermoso título de «Los lirios del jardín de la reina»; pero no hay aquí lugar ni ocasión para ponderarlas todas. Si las pocas que hemos dicho pudieran contribuir a orientar entre nosotros la educación de la mujer en el sentido de su naturaleza y de su verdadera misión en la vida, creemos que el mismo Ruskin nos perdonaría el haber omitido las restantes.

Juan Maragall

(De los *Artículos*. Obra en seis tomos).

“MUNDIAL” y “ELEGANCIAS”

son las dos más interesantes revistas que se publican en español.
Pídalas en la librería LECTURA BARATA.

Los motivos del lobo

I

El varón que tiene corazón de lis,
Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torvo animal,
Bestia temerosa, de sangre y de robo,
Las fauces de furia, los ojos de mal:
El lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha assolado los alrededores,
Cruel, ha deshecho todos los rebaños;
Devoró corderos, devoró pastores,
Y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
Fueron destrozados. Los duros colmillos
Dieron cuenta de los más bravos perros,
Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;
Al lobo buscó
En su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
Enorme, que al verle se lanzó feroz
Contra él. Francisco, con su dulce voz,
Alzando su mano,
Al lobo furioso dijo:—¡Paz, hermano
Lobo! El animal
Contempló al varón de tosco sayal;
Dejó su aire arisco,
Cerró las abiertas fauces agresivas,
Y dijo:—«Está bien, hermano Francisco!»
—«¡Cómo!—exclamó el santo.—¿Es ley que tú
De horror y de muerte? [vivas
¿La sangre que vierte
Tu hocio diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto
De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel, o Belial?»
Y el gran lobo, humilde:—«¡Es duro el in-
[vierno,
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé qué comer; y busqué el ganado
Y en veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo ví más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor

Al puño; o correr tras el jabalí,
El oso, o el ciervo; y a más de uno ví
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.
Y no era por hambre que iban a cazar».
Francisco responde:—«En el hombre existe
Mala levadura.
Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.
Tú vas a tener
Desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!»
—«Está bien, hermano Francisco de Asís».
—«Ante el Señor que todo ata y desata,
En fe de promesa tiéndeme la pata».
El lobo tendió la pata al hermano
De Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía,
Y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
Y, baja la testa, quieto le seguía
Como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
Y allí predicó.
Y dijo:—«He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya vuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios».—«¡Así sea!»
Contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
De contentamiento
Movié testa y cola el buen animal,
Y entró con Francisco de Asís al convento.

II

Algún tiempo el lobo estuvo tranquilo
En el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
Y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
Cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
El lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle,
Iba por el monte, descendía al valle,
Entraba a las casas y le daban algo
De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
Dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
Desapareció, tornó a la montaña,
Y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez, sintióse el temor, la alarma,
Entre los vecinos y entre los pastores,
Colmaba el espanto los alrededores,
De nada servían el valor y el arma.
Pues la bestia fiera
No dió treguas a su furor jamás,
Como si tuviera
Fuegos de Moloch y de Satanás.

Quando volvió al pueblo el divino santo,
Todos le buscaron con quejas y llanto,
Y con mil querellas dieron testimonio
De lo que sufrían y perdían tanto
Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fué a la montaña
A buscar al falso lobo carnicero,
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
—«En nombre del Padre del sacro universo,
Conjúrote, dijo ¡oh, lobo perverso!
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho».
Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:
—«Hermano Francisco, no te acerques mu-
[cho...

Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
Al pueblo salía,
Y si algo me daban estaba contento
Y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas
Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
Y en todos los rostros ardían las brasas
De odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
Perdían los débiles, ganaban los malos,
Hembra y macho eran como perro y perra,
Y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
Y los pies. Seguía tus sagradas leyes.
Todas las criaturas eran mis hermanos,
Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
Hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera,
Y su risa fué como un agua hirviente,
Y entre mis entrañas revivió la fiera
Y me sentí lobo malo de repente,
Mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
A me defender y a me alimentar,
Como el oso hace, como el jabalí,
Que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
Déjame existir en mi libertad,
Vete a tu convento, hermano Francisco,
Sigue tu camino y tu santidad».

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
Y partió con lágrimas y con desconsuelos,
Y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
Que era: *Padre Nuestro, que estás en los*
[cielos...

Rubén Darío

(De *Mundial, Magazine* de venta en la
«Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & Cía.)

Una sonrisa

Tengo delante, parpadeando tímidamente en el blanco fondo del palpe, el rostro deforme de esta mujer. Quién es ella? De dónde viene? Por qué insiste en mirarme? La primera vez que la encontré, me produjo ese calofrío nervioso que provoca en ciertas personas la contemplación de una herida profunda, un lamento desesperante, o la proximidad de una catástrofe irremediable. Su edad puede muy bien extenderse entre los dieciocho y veinticinco años.

Su nombre puede ser cualquiera: Eulalia, Antonia, Piedades, siempre que al nombre corresponda una frente estrecha y manchada, unos ojos glaucos en marco sanguíneo, una nariz enorme y unos labios carnosos y rudos. Hay, sin embargo, un extraño detalle en este horrible conjunto: una sonrisa dulce, una sonrisa leve, una sonrisa tímida que se alarga al mundo y a la vida como un ruego, como una súplica, como la mano vacilante de un mendigo implorando un men-

drugo de simpatía, o de compasión, o de indiferencia al menos. Es la expresión fugaz del alma buena y pura de una mujer que comprende que hace daño a la vista de las personas nerviosas y pide perdón anticipadamente de una ofensa involuntaria. Es el florecimiento de una alma dulce, en forma de sonrisa, en una boca horrible, como azucena en grosero tiesto.

Quién es ella? De dónde viene? Por qué insiste en mirarme? Ya su encuentro no me produce el calofrío nervioso que provoca en algunos la contemplación de un ser horriblemente contrahecho.

Ahora, me parece casi hermosa, no obstante su fealdad evidente, de tal modo conmueve su sonrisa.

Rubén Coto

La responsabilidad moral

—Me asombra tu impaciencia por conocer mi opinión sobre si moralmente somos o no responsables de nuestros actos.

—¿Es cuestión baladí? ¿Ignoras su trascendencia?

—Pues bien, sábelo: entiendo que lo somos.

—¿En absoluto?

—¿Tienes tú por igualmente responsables de sus actos al niño y al adulto, al loco y al cuerdo?

—Al niño y al loco no los tengo ni por responsables.

—¿Por qué?

—Porque carecen de discernimiento.

—¿Es igual en tu opinión el discernimiento de todos los adultos de sano juicio? ¿Lo es el del hombre culto y el del hombre bárbaro, el del instruído y el del ignorante, el del varón y el de la hembra? Que sea mayor o menor ¿depende sólo de que esté la razón enferma o sana?

—El bien lo distingue igualmente del mal todo el que está en la plenitud de sus facultades.

—¿Distingue igualmente la verdad del error?

—No.

—Y el bien y el mal ¿no son para la conciencia lo que la verdad y el error para el entendimiento?

—La conciencia es más segura.

—Es decir ¿más certera en sus fallos?

—Sí.

—¿Cómo no dice lo mismo en todos los hombres?

—¿No ha de decirlo?

—Matas en desafío al que te ultrajó

o al que ultrajaste: ¿qué dice tu conciencia?

Que hice bien si maté dentro de la ley del duelo.

—La mía dice lo contrario; condena el hecho, y lo califica, según las circunstancias de los combatientes, de homicidio o de asesinato.

Eres rico y vives principalmente de los frutos de la tierra. No la cultivas tú, sino tus braceros. Viven ellos en el trabajo, tú en el ocio; ellos en la escasez, tú en la abundancia; ellos sin más horizonte que el de tu campo, tú con extensos horizontes. No transmitirán ellos a sus hijos ni aun los arados con que abrieron los surcos de tu hacienda; y tú transmitirás a los tuyos heredades, títulos de la Deuda, palacios, lujosos trenes, rico mueblaje. ¿Qué dice sobre tan monstruosa desigualdad tu conciencia?

—¿Qué ha de decir? ¿Usurpé acaso mis fincas? ¿No las recibí de mis padres a título de herencia? Si otros las labran, ¿no retribuyo yo sus servicios con el jornal que ellos y mis administradores concertaron? ¿Tengo la culpa de que hayan nacido y mueran pobres?

—Habla de muy distinto modo mi conciencia. La tierra, me dice, es común a todos los hombres. Son sus frutos sólo para el que la cultiva. Si la labráis entre muchos, cada labrador ha de recibir de los frutos la parte proporcional a su trabajo. Tú no tienes, es verdad, la culpa de que unos hayan nacido pobres y otros ricos: si, con todo, explotas en tu beneficio la pobreza, ¿no la tendrás acaso de que la

pobreza se perpetue entre los hombres?

Sigamos, sigamos. Tú, rico, guardas, los años de abundante cosecha, en tus trojes, el grano que recogiste, y esperas los días de escasez para enajenarlo con ventaja. Cuando esos días llegan, lo vendes al precio mayor que la carestía te permite. ¿Qué dice sobre este acto de codicia tu conciencia?

—Mi conciencia no me reprende nunca por el uso de mi derecho.

—¡Ah! Ve aquí! lo que distingue la tuya de la mía: la tuya se amolda a la ley civil, la mía a la ley moral; la tuya a la razón de tu siglo, la mía a la razón propia. Seguro estoy de que discreparían en cuantas cuestiones promoviese.

—Pero ¿a qué viene tan prolijo interrogatorio? ¿qué conexión tiene con la responsabilidad de que tratamos?

—No te enojés. No te impacientes. Tú y yo hemos recibido la misma educación, casi la misma enseñanza. Amigos fueron ya nuestros padres, y amigos continuamos siendo nosotros. Estuvimos juntos largo tiempo. No porque después hayamos vivido el uno a mucha distancia del otro nos hemos callado ni las ideas que concebíamos ni los sentimientos que nos agitaban. Hemos contrarrestado los efectos de la separación por la frecuente correspondencia que hemos sostenido en mis largos viajes por Europa y América. Sin embargo, ya lo ves: están completamente discordes tu conciencia y mi conciencia. Calcula si lo estarán menos en hombres que ningún vínculo enlace, pertenezcan a diferentes categorías sociales y abriguen los celos y los odios que no puede menos de engendrar la extrema desigualdad de condiciones.

Si marchan discordes las conciencias, ¿cómo ha de ser la misma en todos los hombres la responsabilidad

de los actos? ¿Puede serlo siquiera la de los tuyos y los míos?

Somos, cuantos de mujer nacimos, responsables de nuestros actos; pero, fíjate bien, cada uno según la educación que recibió, según la enseñanza que le dieron, según el pueblo en que vive, según la sociedad que frecuenta, según el aire moral que respira, según sea o no susceptible de extrañas sugestiones. ¡Qué de hombres hay que no aciertan a ver nada por sus mismos ojos ni a decidir nada por su propio juicio! Se cimbrean esos hombres a las palabras del que creen superior como se cimbreaba la caña al viento. En tu casa y en la mía hay almas que podríamos fácilmente conducir al crimen.

—No discurras aquí con la solidez que acostumbras. Te pierdes en cuestiones secundarias. Nadie duda sobre los preceptos del Decálogo; conciencia alguna deja de condenar al que los infringe.

—«No matarás» dice el Decálogo, y tú entiendes que puedes matar a tu ofensor en duelo, y a tu mujer adúltera y su cómplice hasta con alevosía, y, en igual o desigual combate, a los enemigos de tu patria. «No hurtarás», dice el Decálogo, y tú no vacilas en recoger el fruto del trabajo ajeno, y cuando ves con hambre a tus vecinos les encareces sin remordimiento el grano de tus trojes. «Ama al prójimo como a tí mismo», dice el Decálogo, y tú, para vivir, condenas a tu prójimo a un trabajo que para tí no quieres.

—Me estás faltando.

—No, no te faltó. Tu conducta no es más que la confirmación de mi teoría. Obras dentro de la moral de tu nación y de tu siglo: obras según la educación que recibiste, según la enseñanza que te dieron, según la sociedad que frecuentas, según el ambiente en que vives. Nadie tiene derecho a censurarte como no sea el que, rom-

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra
Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.

piendo osadamente con su tiempo, se eleve por su propia razón a los más altos ideales de justicia. La sociedad te abstuelve a par de tu conciencia.

—Ni la moral es para tí absoluta.

—La moral, como todo lo humano, no es: va siendo. Quizá no pase medio siglo sin que tus actos y tus ideas

morales sean objeto de general censura.

El hombre, repito, es el eterno mudar: no hay en él nada absoluto.

(Del libro *Diálogos y artículos*, de Pj y Margall. De venta en la librería «Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & Cía.)

Una lid en que todos vencen

Los enemigos del sufragio universal y del parlamentarismo han tenido a su disposición recientemente vigorosos argumentos de hecho suministrados por la historia política contemporánea de las naciones más cultas. En Francia es un hecho aceptado con dolor para los amantes de la República que las elecciones se hacen dentro del programa enviado desde París por el ministro del Interior a los prefectos y sub-prefectos. Las últimas elecciones de Italia, reñidas y tumultuosas, dan todavía que decir en aquél país sobre la coerción ejercida por el gobierno y sobre las maniobras y combinaciones secretas por medio de las cuales el gabinete se hizo una mayoría descontando su triunfo en un pacto con el partido clerical. Las elecciones en algunas comarcas tomaron el aspecto de feria, en otras de campo de batalla, y la cultura de la *terza Italia* no ha salido en efecto muy bien librada. España sigue dándole al mundo el espectáculo lastimoso de que no es necesario doctrina ni programa para ganar unas elecciones. El partido que esté en el poder señala sin premura el color de los candidatos triunfantes.

En Inglaterra, hasta en un período no muy remoto, solían los partidos hacer uso de malas artes para forzar el resultado de las elecciones. Leyes severas dictadas a tiempo han moralizado el sufragio, pero una gran masa de los electores tiene aún poca fe en el principio y en su desarrollo. Hay voceros de algunas agrupaciones que recomiendan la abstención y preconizan la excelencia de la huelga sobre el

voto en su forma presente. Sin embargo, sería injusto no darle a Inglaterra la supremacía en cuanto se refiere a la pureza del sufragio. Los hombres acaudalados ponen sus automóviles al servicio de su partido para traer votantes a las urnas; los propietarios que tienen voto en más de un distrito se sirven del vapor para acudir a varias urnas dentro de las horas de un día; pero todo ello queda dentro de las determinaciones de la ley.

En los Estados Unidos una elección presidencial es una gestación dolorosa. Los negocios se paralizan al acercarse el día de sufragar. Las industrias se resisten y el día en que los ciudadanos acuden a depositar sus votos en favor de los electores quedan en el campo muertos y heridos. El lenguaje de los periódicos que se mezclan en la campaña toca las notas más altas del impropio, y no se detiene sino ante la calumnia que la ley castiga. No queremos hacer el recuento de los procedimientos eleccionarios en la América ibera. Antes de ahora teníamos el privilegio de las zambras democráticas. Ya empiezan a disputárnoslo las monarquías y las repúblicas de la culta Europa, y no es el caso de determinar aquí prolijamente de qué lado del Atlántico va quedando el campeonato.

Estas consideraciones nos han venido en mientes para registrar con entusiasmo el resultado de la elección presidencial en Colombia, y la forma en que el pueblo de ese hermoso país ha cumplido con la más importante de las funciones democráticas. Queremos dejar constancia de la actitud absoluta-

mente irreprochable del gobierno del señor Carlos E. Restrepo, que resistió noblemente todas las tentaciones que en esos países se le ofrecen al primer magistrado en momentos tales. Merecen apiauso sin reserva el Dr. José V. Concha y sus amigos políticos, por la corrección con que han sostenido la lucha y por la fe que han mostrado tener en el principio democrático. El partido liberal de Colombia, guiado en esta ocasión por el General Uribe, ha dado una alta lección de civismo, renunciando a la idea de darse un candidato de su seno y poniendo todo el valor de su concurso, desinteresadamente, en favor del doctor Concha, cuyo nombre considera ligado a las tradiciones de la República ya las necesidades ineludibles de la paz, aunque sus principios sean manifiestamente conservadores. El partido republicano, por su parte, sale airoso, aunque vencido, de esta competencia. Tenía las simpatías del Gobierno, pudo haber usado las influencias oficiales en su beneficio. Ha querido más bien ostentar el timbre de un absoluto respeto a las prácticas republicanas. El doctor Esguerra, el candidato vencido, repite

entre nosotros la culta práctica de dirigirse a su adversario al día siguiente de la batalla para felicitarle por su triunfo. Y el doctor Concha, al devolver el cumplimiento, afirma públicamente que él no viene a ser otra cosa que un servidor de la República, y guarda silencio sobre los programas o aspiraciones de determinada agrupación política.

Las desventuras actuales de la nación mejicana las explican los diarios europeos con la consabida muletilla de que los gobiernos autoritarios no preparan al pueblo para la libertad. Si el argumento fuera válido, Colombia no habría aprendido tan pronto sus deberes cívicos. Ese país estuvo sometido durante veinte años a un régimen autoritario de los más extremos, y bastó que dos o tres gobernantes renunciaran a la pretensión de gobernar en nombre de un partido para que la nación entrase voluntariamente, y con sorpresa de todos, en el carril de la legalidad.

¡A todo señor todo honor!

(De *Hispania*).

Notas editoriales

Pandemónium

El último número de esta revista ha sido dedicado casi todo a la exposición que el domingo 22 de marzo, verificó la escuela de Pintura de esta ciudad dirigida por el señor T. Povedano.

Entre los retratos de los alumnos más distinguidos con que se ilustra *Pandemónium*, hemos visto con placer los de doña María de Tinoco, María Aurelia Castro, Dinora y Ofelia Bolandi y el de Gilberto Huertas a quienes felicitamos por sus triunfos artísticos.

El Foro

Revista mensual de Derecho, Legislación y Jurisprudencia, Ciencias

Sociales y Políticas, dirigida por don Luis Cruz Meza. El presente número es un año más en la vida de esta revista.

Martelo Silió

Tal es el título de la novela que publicó hace poco el joven Ricardo Jinnesta. Para *RENOVACION* es un placer aplaudir esfuerzos como el que hay cristalizado en el libro del joven principiante.

Carlos Herrero

Es el nombre del joven artista con cuyo retrato honramos hoy nuestra revista. Es uno de los muchachos que con más gusto manejan el lápiz y el pincel.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

<i>La vida eterna y la fe</i> , por W. James. Un tomo empastado... 0.50	¢ 0.50	MARAGALL, JUAN	
<i>El Genio</i> , por G. Bovio. Un tomo empastado..... 0.50	0.50	<i>Elogios</i> . Un t. rúst. 1.00, p. 1.25	
<i>Las mujeres y los niños en la vida social</i> , por Lino Ferriani. Un tomo empastado..... 0.50	0.50	<i>Artículos</i> . Cinco tomos rústica. 10.00	
<i>El nuevo derecho internacional</i> , por E. Cimbali. Un tomo emp. 0.50	0.50	<i>El esgaña pobres</i> (obra premiada en los juegos florales de Barcelona), por N. Oller. Un t. p. 1.50	
<i>Tinieblas en las cumbres</i> , por Plotino Cuevas. Un tomo..... 1.75	1.75	LOS GRANDES ESCRITORES	
<i>Notas de viaje</i> , por C. Roldán. Un tomo rústica 4.00. Pasta.. 5.00	5.00	<i>H. de Balzac</i> (cada título consta de un tomo profusamente ilustrado, en rústica 1.00, p. 1.50	
<i>Pipá</i> , por L. Alas (Clarín). Un tomo..... 2.00	2.00	<i>Gorge Sand</i> 1.50	
<i>Psicología del niño</i> , por Claparède. Un tomo..... 1.75	1.75	<i>Lord Byron</i> 1.50	
<i>Estética</i> , por B. Croce. Un tomo. 5.00	5.00	<i>Tolstoy</i> 1.50	
<i>El valor del arte</i> , por Guillermo Dubufe. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Goethe</i> 1.50	
<i>La psicología</i> , por Gustavo Le Bon. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Baudelaire</i> 1.50	
<i>La psicología de la educación política y la defensa social</i> , por Gustavo Le Bon. Un tomo... 1.65	1.65	<i>A. de Mussel</i> 1.50	
<i>La ciencia moderna y su estado actual</i> , por E. Picard. Un tomo. 1.65	1.65	<i>Stendhal</i> 1.50	
<i>La Electricidad</i> , por Poincaré. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Victor Hugo</i> 1.50	
<i>La ciencia y la hipótesis</i> , por Poincaré. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Voltaire</i> 1.50	
<i>La Historia de la Tierra</i> , por L. de Launay. Un tomo. 1.65	1.65	<i>E. Bergson</i> 1.50	
<i>La formación de las leyendas</i> , por A. Van Génep. Un tomo. 1.65	1.65	<i>Platón</i> 1.50	
<i>Ciencia y Religión</i> , por Emilio Boutrox. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Montesquieu</i> 1.50	
<i>El alma y el cuerpo</i> , por Alfredo Binet. Un tomo..... 1.65	1.65	<i>Descartes</i> 1.50	
IBSEN, ENRIQUE (Teatro).		<i>Boutroux</i> 1.50	
<i>El niño Eyolf</i> 0.50	0.50	<i>Pascal</i> 1.50	
<i>Romersholtm</i> 0.50	0.50	<i>Kant</i> 1.50	
<i>La dama del mar</i> 0.50	0.50	ENCICLOPEDIA LITERARIA ILUSTRADA	
<i>Brand</i> 0.50	0.50	<i>Grecia</i> . Un tomo rústica..... 1.00	
<i>Casa de muñecas</i> 0.50	0.50	<i>India</i> 1.00	
<i>Espectros</i> 0.50	0.50	<i>Poetas latinos</i> 1.00	
<i>El pato silvestre</i> 0.50	0.50	<i>Prosistas latinos</i> 1.00	
<i>La unión de los jóvenes</i> 0.50	0.50	<i>Noruega</i> 1.00	
<i>Hedda Gabler</i> 0.50	0.50	<i>Persia</i> 1.00	
<i>La intrusa</i> (teatro), por Mauricio Maeterlinck..... 0.50	0.50	<i>Novela alemana</i> 1.00	
		<i>El teatro italiano</i> 1.00	
		<i>El teatro español</i> 1.00	
		<i>La Odisea</i> , por Homero..... 1.50	
		<i>Diálogos morales</i> , por Luciano de Samosatra..... 1.50	
		<i>El Ramayana</i> , por Valmiki.... 1.50	
		<i>Tratado de los deberes</i> , por Cicerón..... 1.50	
		<i>Comentarios de las guerras de las Galias</i> , por Julio César..... 1.50	

Los residentes fuera de la ciudad, en lugares donde el tren no llega, deben acompañar al precio indicado, DIEZ CENTIMOS para el porte de cada tomo.—No se servirá ningún pedido si no viene acompañado del importe.

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDA CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo lujosamente empastado, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & Cía

OBRAS PUBLICADAS:

ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina
MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes
EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green
JACOBÉ, Joaquín Ruyra
ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja
JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster
TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain
EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S.
LA ENJUTA, Víctor Catalá
¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward
LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, Francois de Nion
REBELDÍA, Joaquín Dicenta
EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna
KOLSTOMERO, Conde León Tolstói
CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens
MINNIE, Andrés Litchtenberger
EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente
ERNESTINA, Prudencio Bertrana
BODA OFICIAL, R. H. Savage
EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner
REY EN LA TUMBA, Anthony Hope
FAUSTO, Ivan Turgueneff
EL SILENCIO, Eduardo Rod

APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, Fedor Dostoyeuský
LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró
EL ESPADA MONTES, Frank Harris
JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf
LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens
HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa
NERTO, Federico Mistral
ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos
NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan
¿CULPABLE?, W. Le Queux
EL LUNAR, Alfredo de Musset
POR LA VIDA, J. Pous y Pagés
LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod
SU MAJESTAD, Henri Lavedan
EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói
EL REFLUJO, R. L. Stevenson
ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Bjornson
ERÓTICA, B. Morales San Martín
RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov
EL CUPÓN FALSO, León Tolstói
MARÍA, Jorge Isaacs
DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró
EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens
BALADA, R. Sánchez Díaz
EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré _____ ejemplar_____

Nombre _____

Dirección _____